

CLXXV.

¿Qué cosa es mi cuerpo? Una cosa mía que veo, no dentro de mí, sino en el mundo exterior.

CLXXVI.

Ninguna cosa ama el hombre tanto, como su yo, pero si bien se mira, no parece sino que es lo que más odia.

CLXXVII.

Dicen que los locos no duermen, y qué es su vida, sino un sueño continuo?

CLXXVIII.

La vida entera del hombre es esta: esperar vanamente.

CLXXIX.

La locura más dañífera es la locura de los sabios.

CLXXX.

Sólo el hombre aprecia nuestra vida y siente nuestra muerte.

CLXXXI.

Yo soy un misterio, sé que soy un misterio, pero no conozco este misterio.

CLXXXII.

El ser más infeliz es aquel que quiere dejar de serlo.

CLXXXIII.

Todo lo que hay en el Universo

conocido es inferior al hombre: cómo quiere que lo del Universo le contente?

CLXXXIV.

Más daños ha acarreado á los hombres el corazón, que el entendimiento.

CLXXXV.

Es tal nuestra desgracia que el amor del *yo*, que debía ser el más cierto, el más sincero, el más pacificador y el más libre, es por el contrario, el que más nos aflige y el que hace que el *yo* sea insufrible á sí mismo y á los demás.

CLXXXVI.

Un genio es un loco divino.

CLXXXVII.

El hombre es aquí un tanto feliz, cuando el gozo lo pone fuera de sí, porque si no se olvidara del *yo*, el mismo gozo sería causa de dolor.

CLXXXVIII.

Qué es el amor? El verbo del corazón.

CLXXXIX.

Ningun animal *usa* tanto de la vida animal, como el hombre.

CLXL.

El hombre puede ser el más dichoso de los seres, con riesgo de ser el más infeliz.

CLXLI.

El hombre puede alcanzar un grado de perfección igual al grado de su maldad: puede ser el más miserable y el más perfecto del Universo.

CLXLII.

Por ricos y sabios que sean los hombres, no pueden hacerme feliz.

CLXLIII.

En lo que llamamos soledad está el más insufrible testigo y el más aborrecible enemigo: el yo.

CLXLIV.

Es imposible que aquí seamos

felices, porque, á lo que llamamos dicha faltan intensidad y duración.

CLXLV.

El poeta Menandro dijo que el varón amado de los dioses muere joven: qué prueba más grande de amor, puede haber ciertamente? De él podemos decir: raptus est, ne malitia mutaret intellectum ejus.

CLXLVI

Estando el Universo rodeado por la etérea substancia, puede considerársele, como á un inmenso cuerpo continuo; como al mármol en que el divino artífice labró innumerables formas, entre las cuales resalta la del hombre.

CLXLVII.

El hombre no es de suyo amable: la gracia, la bondad, la hermosura, la virtud, etc., por estar personificadas en él, hacen que parezca amable este sér aborrecible.

CLXLVIII.

Chilón Damageto daba este consejo á los griegos: procurad agradar á las muchedumbres: no sabía el muy necio que el único feliz es aquel, que *ni quiere agradar á los hombres, ni teme desagradarles.*

CLXLIX.

Es más grata al espíritu la dulce melancolía de los recuerdos que

la alegría del presente, porque la realidad actual nos es insoportable.

CC.

Epicteto dió la más ingeniosa definición del sueño en estas palabras: *mortis imago, victorum solutio.*

CCI.

Más violencia padece el error que la verdad.

CCII.

Existe en las criaturas una intrínseca y esencial tendencia á su fin último y la Providencia, sin destruir, lo que, con un vocablo propio, podemos llamar "naturali-

dad de las operaciones," las rige y las modera.

CCIII.

Dios deja obrar al ser libre 1º, porque en la inclinación al bien, obra, como naturaleza, según enseña Sto. Tomas: 2º, porque, aunque el mal es de suyo principio de otros males, es asimismo por una admirable ley de compensación principio de bienes, como enseña la Filosofía de la Historia: 3º porque, siendo el mal (aunque *per accidens*) principio de bienes, hay economía de bienes productores y no se multiplican los entes sin una absoluta necesidad. (Sabido es que el mal no es ente, sino el cisma del

ser, como dijo ingeniosamente, un ilustre escritor.)

CCIV.

De esto parece deducirse que la reproducción ó imitación en el drama ó en la novela de los actos de la vida real, son ilícitos, si no llevan impresos por algún modo los designios de la Providencia, y que, si no ha precedido un estudio del encaje que los actos entre sí tienen, por lo que respecta al orden moral, lejos de ser fiel la imitación de la naturaleza será prepóstera y monstruosa.

CCV.

¿Qué es el hombre? Ornamento

del mundo físico, enigma del mundo metafísico, esplendor del mundo de lo bello y quimera del mundo moral.

CCVI.

Veo en el caos de la vida dos seres, siempre unidos; el uno, negro como una sombra es íncola de los yermos del vacío; la otra blanca y gentil como la luna es hija de la luz; doncella fué á la morada solitaria de su corruptor y allí dejó de serlo: ¿sabeis quiénes son? La razón y el absurdo.

CCVII.

El hombre ha dibujado el más espantoso cuadro, el de sus mise-

rias, con el más precioso buril: con la razón.

CCVIII.

De qué te sirvió, oh hijo de Albión, la inteligencia, sino para decirte que eras una bestia y la más infeliz de todas las bestias, pues todas ellas, menos tú, no saben que lo son?

CCIX.

La filosofía, se refleja en las ciencias, y las ciencias son una fiel expresión de la Filosofía, porque en estas se imprime su forma.

En los tiempos de Homero, no acostumbrada la mente griega á razonar profundamente, pero impulsada por el instinto de su gran-

deza fijó su vista en el *microcosmos*; veíalo hermoso en su manera y conformación, vislumbraba aquella forma intangible que, venciendo la opacidad del tosco cuerpo, se manifestaba en todas sus partes; en la gallarda figura y en los movimientos gentiles, en lo majestuoso y dulce del mirar, en la serena frente, en el ritmo de la palabra, en la finura y delicadeza de los actos y en el modo y variedad de las percepciones y le entonó un himno inmortal en argumento de su amor y de su admiración.

El exuberante genio poético, que rebosaba en aquellas mentes herederas de los númenes de Orpheo, al contemplar, á la luz de tan escasa

filosofía, la grandeza del hombre, modeló por ella la de los dioses; Júpiter era el más temible por su fuerza, porque con sólo el movimiento de sus cejas estremecía el Olimpo; el más insigne de los malvados, el ejemplar de los incestuosos, el astuto seductor que para satisfacer sus carnales pasiones se transformaba ya en toro, ya en cisne, ya en aurea lluvia; Minerva, una mujer dotada de *prudencia*, *discernimiento* y de unos ojos *bovinos* de penetrante y firme mirar; Venus, la gentileza, la gracia, la hermosura, la molicie; Juno, el celo, la envidia, el orgullo; la vanidad; Apolo, un joven trovador, gallardo, airoso, seductor de ninfas, etc., etc.

Cuando la naciente filosofía de la Grecia indagaba el origen del mundo y perscrutaba con sutil talento sus causas, los versos de Xenóphanes, Parménides y Empédocles, eran disquisiciones filosóficas, en las que aparecía mutilada la Teología antigua y ridículos los dioses de Orptheo, Hesíodo, Homero; Xenóphanes dice; (1) Dios es uno, superior á todos los hombres y á los dioses; todo El vé, todo El oye y entiende, es inmóvil y permanece siempre en el mismo estado; fustiga á Hesíodo y á Homero, porque le atribuyen los vicios de los

1 Fragment. Philosoph. græcor. Ed. de F. Didot. Timon Philasio llama al Dios de Xenóphanes: dios inhumano, mente uniforme, íntegra; pensamiento eterno: Ibid.

hombres, el robo, el fraude, la venganza, el adulterio, etc.

Empédocles dice con voces solemnes: No podemos acercarnos á Dios, ni verlo con los ojos, ni con las manos palparlo; es mente santa é inmensa, cuyo veloz pensamiento recorre y llena todos los mundos: dichoso aquel que ha llegado á entender la alteza de la divina mente, infeliz el que se contenta con conocerla, por medio de obscuras doctrinas! (2)

Anaxágoras reformó el sistema de sus antecesores, Thales, Anaximandro, y Anaxímenes, transformó asimismo el dios-agua en dios

(2) Tertio Phisicorum. Emped. Carmin. Reliqu.

infinito, espiritual y personal, siguiendo las huellas de Xenóphanes y adelantándose á Pythágoras (3); el filósofo de Samos demostró con admiración de propios y extraños la incorporeidad y la *ubicuidad* de Dios y halló en un místico armonismo, las leyes de la Música, de la Astronomía y de la Geometría; Sócrates enseñaba, no á un número reducido de iniciados, como Phytágoras, sino á toda la juventud de Atenas, la unidad de Dios; la inmortalidad del alma, la pureza de la virtud y un copioso número de máximas morales, fecun-

(3) Mens autem, dice, infinita sui que juris est, neque ulli rei admixta, sed sola, libera et soluta est. (Fragment. Philosoph. Græcor.)

das y consoladoras que Xenophon te reproduce en sus "Memorabilia."

Entónces los hijos de los griegos divinizaban casi á los hombres á fin de despojar de lo humano á los dioses, y admiraban solamente la fecundidad poética de Orpheo, Hesíclo y Homero. Platón, el primero que se ve en el camino de las grandes verdades, como dice el conde de Maistre, admiraba más á los rapsodas que á Homero, se arrepentía de haberle amado en sus mocedades y le azotó desapiadamente en las plazas de su *República*. Aristóteles, genio sereno y semidivino, desdeñó todas las tradiciones filosóficas que no se coap-

taban con su altísimo espíritu; depuró todos los sistemas, reformó todas las disciplinas, enlazó todas las partes antes dispersas, y al parecer inconciliables; demostró con más claridad que Anaxágoras la existencia de un primer motor, dió un sér nobilísimo á la Metafísica, á la Moral y á la Dialéctica y llevando de frente todas las ciencias, como Leibnitz en su tiempo, según frase de Fontenelle, alumbró las partes más recónditas de la Grecia y transfiguró su faz.

La mística, siguiendo las huellas de Sócrates y del divino Platón, buscaba, no la corpórea hermosura, ni las graciosas formas de los dioses, sino la luz de la su-

prasensible belleza encendida en el Phedro y en el Simposio, que engendraba amor supraceleste en los ánimos y odio á lo meramente corpóreo: en una palabra, la filosofía, cada vez más rica de doctrinas, más avasalladora, transformaba lentamente la poesía, la teología y la ciencia de lo bello. Así Cicerón reprueba en su hermoso libro "De natura deorum" las más altas doctrinas sobre la naturaleza de Dios, de Pythágoras, Anaxágoras, Empédocles, Platón, Aristóteles, etc. Séneca y los estoicos purifican la moral que tan desmedrada vivía en tiempos anteriores; Máximo de Tiro, describe á Dios con una pureza de conceptos no igualada, se-

gún creo, por ningún otro filósofo, si exceptuamos á Porfirio y á Plotino, (1) Plotino, dueño de un mundo filosófico, rico de problemas, de doctrinas, de fuentes inspiradoras, donde rebosaba arcaica sabiduría, dotado de un talento portentoso, igual quizá al de Platón, pule y bruñe todo lo que tocan sus manos, y torna hermoso, casi divino con la magia de su espíritu vivificador, todo lo que los artífices de la Grecia habían elaborado en aquellos siglos memorables de donde arranca todo saber: nadie apreciará cumplidamente

[1] Véanse algunos pensamientos de este grande hombre, en mis "Estudios sobre el amor." Doctrina de Máximo Tiro.

sus doctrinas sobre el Bien Sumo, la belleza inteligible, el número, la beatitud y el amor; Hierocles comenta el Aureum Carmen, con una copia de doctrina tan pura y tan llena de sabor cristiano, en no pequeña parte, que más merece ser alma y no ornamento de unos versos tan pobres de suyo.

A Luciano Samosatense, causan risa los antiguos dioses; las quejas de Venus, las transformaciones de Júpiter, los celos de Juno y la misma gracia del escanciador Ganimedes, préstanse á las burlas de su humorístico genio. Y en mejores tiempos, cuando santo Tomás remozaba la filosofía de Aristóteles, la transformación fué radical;

las ciencias todas vivían animadas con su propio aliento y bajo su escudo defendidas; ella prestó sus formas á la Señora absoluta de la Sabiduría, á la Teología, para que por su medio pudieran las humanas mentes percibir algo de aquel concierto y de aquella armonía de ideas sublimes que tanto hermocean la ciencia de Dios; defendiéndola con sus armas, proclamóla reina, humilló á sus enemigos y pacificó su reino.

Pero una vez que perdió terreno, cuando Descartes difundió las semillas del racionalismo y Bacon las del positivismo, la sociedad torció nuevamente su curso; el campo abierto al pensamiento mostró

mil sendas torcidas; la fisonomía social fué poco á poco desfigurándose y llegose á ver con las convulsiones de la agonía, cuando fué víctima de los tiros de Leibnitz, Hume Locke y Kant.

Hoy el arte ha perdido su ideal sereno y limpio; la metafísica cae en el desprecio del vulgo ignorante; las ciencias pierden su primacía; triunfan los vicios; el más crudo materialismo carcome las almas, doctrinas utilitaristas corrompen los más nobles sentimientos, apagan el sacro fuego del heroísmo, de la abnegación y de la generosidad; crece de día en día el mal; arreceja la lid contra el bien, y la filosofía moderna, loca con sus triun-

fos, se regocija, como la antigua, de verse reproducida fielmente en la sociedad.

¡Ah, señores! toda palabra es débil y pobre, para describir esta filosofía! Esta filosofía se refleja en las ciencias y en la sociedad, y las ciencias y la sociedad se reflejan en ella. Jamás secta alguna filosófica había alcanzado tanto predominio, ni tan copioso número de espíritus se había uncido tan voluntariamente á sus coyundas. Arroja, como la estoica, friamente al suicidio y mueve á despreciar como la cínica, indigna y vergonzosamente el dulce bien de la vida: arrastra, como la de Epicuro, al contentamiento de los sentidos, y

como la pirrónica atormenta al espíritu con la indeferencia y el tedio, el abatimiento y el dolor. Quiere, como la ecléctica griega de los Plotinos y de los Porfirios, concertar hipótesis disímiles que no se consienten á semejantes tareas, concordar autores y doctrinas que no se compadecen ni con sus principios, ni con sus objetos y que son muchas veces, por lo que mira á su índole y estructura, contradictorios: quiere resolver, en fin, y en esto porfía extremadamente, valiéndose de medios científicos, como suele decir, tenebrosos problemas que superan toda experiencia y todo poder racional. Ni paga su merced á la pobre razón, por sus

labores arduas y cotinuas, ni se digna, al menos, llamarla operaria de la verdad; la azota, si habla, y la reprende acerbamente, si calla; la escarnece siempre y la mofa en todas partes: por esto la que no há un siglo todavía, fué reina omnisciente y absoluta, es ahora, y allí mismo, esclava y miserable que vive de limosna, sin lumbre y sin hogar. Habrá menos de ocho años, señores, se dijo que la pobre me retriz que hizo el papel de diosa razón en la revolucion pagana del pasado siglo, había muerto en un esterquilinio; de cid me: ¿no ha acontecido esto mismo á la razón antes tan orgullosa, hoy tan humilde y tan pobre? La incredulidad

de Voltaire y de Rousseau, de Diderot y de Condorcet, la coronó, París y el mundo incrédulo la adoraron, con el mismo entusiasmo y sensualismo con que los gentiles adoraban á Venus Amathusia en Chipre y en Corinto: pero vino la duda, la eterna fatídica, la prometida de este siglo incomparable, la sombra errante que con su aliento marchita ánimo y corazón, y tocó el altar de la diosa: esto bastó para derribarlo. El naciente positivismo la miró con desdén y la misma corriente de la filosofia cristiana, la envolvió en sus ondas, donde fué saeteada, por las cristianas y fervorosas manos de Bonald, Ventura de Ráulica y Donoso Cortés.

El positivismo y el tradicionalismo, fueron el azote con que Dios vapuló á la deicida, á la que por largos años había batallado contra él y contra su amada porción.

Si la filosofía pagana iba, á medida que se ensanchaba, despojándose de sus escorias y mancillas, la filosofía moderna, desde Descartes, hasta aquí, va en evidente decadencia: así lo pregona ella misma con furiosos gritos, mostrándose á los ojos profanos del vulgo, como conjunto de todos los errores, como sentina de toda inmundicia, como tropiezo y ruina de todos los espíritus y como laberinto, donde el más avisado se confunde de súbito. ¿Qué cosa es para ella la mo-

ral, ora en las cátedras, ora en la sociedad que corrompe. La moral negativa del mulo y del jumento. ¿Qué es la estética? Un catálogo donde no entra para nada el análisis metafísico que la hizo tan grande, desde que le dió pomposo, aunque falso nombre un filósofo alemán, un catálogo, digo, de sus momentos históricos, como tuvo á bien hacerlo el más ingenioso de sus corifeos, Taine. ¿Qué es el mal? una graduación del bien, como lo llamó textualmente no sé si Michelet o Vacherot. ¿Qué es el hombre? Un autómeta que cree, como la piedra del filósofo Spinoza, que se mueve por que quiere: ¿Qué es Dios? Un nuevo Proteo, forjado por